

Habr  luz dentro de los ojos

Nadia Contreras

Universidad Autónoma del Noreste (UANE)

Durante mucho rato un tiempo

En medio de la calle sus ojos ven sombras. Sombras alargadas y profundas sobre el color y la forma de las cosas. Que el hecho lo vuelve al padre, s . En punto de las doce del día el padre vio la noche y los testigos fueron suficientes para contar la historia.

En la confusión —la luz dentro del ojo es relámpago—, vuelven los autos en carrera contra el tiempo, vuelven rostros desconocidos. Joaquín distingue la calle, los edificios del fondo.

Si hubiera venido antes, le dicen, la noche indescifrable del glaucoma sería apenas un desvanecimiento. Raquel no puede comprender.

El niño mira el surco que el padre dibuja sobre la tierra. No hablan. Bastan los pensamientos, palpitan alegres o furiosos.

All , a unos cuantos kilómetros, las calles empedradas del pueblo, el ingenio azucarero como un barco en medio del océano. La tierra florecería en cañas o milpas, en amaneceres de días largos o cortos en la atención de los cultivos. El padre y el niño responden a la caricia del viento, a la noche que se asoma.

A la ca da del sol regresan. Mientras avanzan (el niño corre, salta), la evocación de la tierra removida y ese volcán de laderas tiznadas. Pronto, las primeras casas del pueblo.

Joaquín piensa que Mario Eduardo, amigo cercano de Raquel, habla de la soledad cuando se refiere a los ojos. El glaucoma consiste, en su punto avanzado, en la pérdida progresiva de la visión.

Como el padre, también presenció el abismo. Dos, tres, cuatro, cinco segundos. Después la luz, su relámpago lo obligó a dar vueltas, sostenerse.

Joaquín no piensa en el glaucoma; lentos transcurren sus últimos momentos en la casa paterna, aburrido, alcoholizado. Hace veintitrés años, siete meses, dieciséis días.

A los nueve, el niño que solía caminar al lado del padre y arrojar la semilla de la caña o de la milpa al corazón húmedo de la tierra, toma su primer vaso de alcohol mezclado con chocolate y leche de vaca.

La enfermedad y el pasado dan vueltas en su cabeza. Levanta la bocina del teléfono pero no hay número y si lo hubo, sobre éste hay un bloque de hielo. Así lo quiso Joaquín cuando decidió seguir el consejo: vete pal' norte. No recuerda con claridad aquella cara, sólo la voz. Tenía diecisiete años y estaba borracho, sólo porque sí.

El sismo se introdujo en el cuerpo de la tierra. El sismo horizontal, vertical, ambos. Las paredes crujían mientras las rodillas de la madre se clavaban en la banqueta y sus brazos se alzaban al cielo. Las verdaderas grietas del sismo se anunciarían años después.

Joaquín es un cuerpo vacío. Y ese vacío ocupa la mesa, la habitación, la casa. En el corazón de Teresa y de Gabriel, la sonoridad estática del vacío. Malena, en el umbral de la puerta, su vientre poco a poco inflamándose.

Raquel busca el número telefónico. Cada espacio de la casa es removido. Cada objeto, cada cajón, cada página de los cuadernos. Joaquín, el glaucoma como una mancha oscura, sueña: ascendieron la montaña hasta la parte más alta, en la cabaña no había luz eléctrica y la camioneta pasó por un sendero de lodo y vacas; el agua del río —se concentraba en una especie de lago para descender por la ladera—, era insoportablemente helada.

Fabricar una figura dentro de la mente

Imagina ciudades tranquilas ocultas entre los edificios. Las ciudades son otra cosa. Calles atestadas de gente, el calor enardecido. No tarda en descubrir, desde la parte trasera de las camionetas, que las ciudades y las carreteras tienen mucho en común. Son de alguna manera el abismo.

Julieta tiene el cabello corto y trae en el cuerpo las cicatrices del desconsuelo. Joaquín se esfuerza en conseguir dinero y comida. Por ella, renta un cuartucho, no bebe o intenta no hacerlo. El paso del tiempo lo altera, lo enfurece. Ella se ha ido. La sobriedad como la montaña se desmorona desde la parte más alta.

Los campos de caña y milpa fueron tragados por la nada. Matorrals, cactus, piedras, rendían cuentas de la sed y del cansancio. Viviendas de puertas cerradas, una pequeña plaza, y el cementerio. Descansa, dijo la voz, nadie vendrá hoy a llorar.

Joaquín despierta a la mañana siguiente. Te caería bien un baño y un cambio de ropa, dice el hombre de mirada oscura. Joaquín obedece. Mientras se desliza el minúsculo chorro de agua por su cuerpo piensa en la vida hecha polvo; un cerro de polvo sobre el cuerpo de su madre; otro, sobre su padre. Polvo y cruces.

Los hombres ríen. Bajan de la cabina del tráiler y se internan en uno de los tantos tugurios. Bebamos algo, dice el hombre, la frontera está a un par de horas. Los hombres entran. Algunas mujeres bailan en improvisada pista. Carcajadas, chiflidos, luces rojas y azules. Joaquín y la mujer apretujados entre los camiones; desliza los calzones de ésta, entra y muerde su cuello en el último instante. Piensa en Malena cuando se desprende de la mujer, cuando se aleja.

Una ciudad muy al norte del país y Joaquín derrumbado en una de sus calles, junto a otra media docena de hombres, mujeres, niños, perros famélicos. Vive en las banquetas o bajo los puentes. Es ahí, en ese lugar donde el silencio de la madrugada es más profundo y la comida más escasa. Días, meses, acaso años y el cuchillo inesperadamente se clava en su vientre. Nadie da cuenta del hecho, nadie sabe nada. Nadie.

Hasta escribir la última palabra

Carajo, Raquel, si supieras lo difícil que es escribir. Todo tiene que ver con el alcohol. Lo digo porque es una obligación recordar lo que soy. Después de todo, exploro la cueva del pasado.

A tus cosas favoritas: las plantas y los libros donde miras vientres con bebés, huesos, corazones y cerebros como la ciudad, sus barrios, sus plazas, sus hospitales, agrego estas notas.

El abuelo escribía poemas de amor para las novias de sus amigos. Eso decía mi padre. Hay algo del abuelo en mí, lo sé ahora. Tienes razón, de simples tablonces de madera, una mesa, un estante, hacer la escritura y desahogarme. ¡Cómo me has cambiado, Raquel!

Mientras tú salvas vidas yo me desmorono en la ceguera. Las sombras no me dejan avanzar y tampoco quiero depender de ti para sumarme a las calles. Sé, sin embargo, que jamás me dejarás regresar a ellas. Recuerdas: comenzaron las semanas largas en el hospital, los médicos jamás pidieron permiso para abrir y cerrar lo que estaba muerto por aquel filo. Es tu última oportunidad, dijiste. Te creí, mientras desanudabas las mangueras a las que estaba conectado. Me dijiste tu nombre y éste entró en mí como el aire. En la sobriedad, es mi turno de hablar.

Raquel, el glaucoma avanza como la noche. Es el destino que se extiende como aquellas carreteras infinitas o como aquella calle que recorro para llegar al grupo. Mi nombre es Joaquín y soy alcohólico.

Todo lo que se encontraba lejos se acerca

La central de autobuses está en otro lugar y, la carretera que los lleva al pueblo, no es del todo la misma. Joaquín ha olvidado los campos infinitos de la caña y la milpa.

Descienden del autobús y son sus pasos hacia la casa paterna. Avanzan, se detienen. Es la confusión de las imágenes, el sol, sus sombras. Joaquín resiste y una vez más retoma el camino entre rostros curiosos y gente que, bajo el ruido de la fábrica, alza la mano en señal de saludo.

Desde la parte alta de la calle miran la casa. Tienen que seguir cuesta abajo cinco cuadradas más. Las calles empedradas están cubiertas por el asfalto; un asfalto quebrado por el tiempo y el uso de los camiones de caña, autobuses, coches de un pueblo que como aquella ciudad, se desborda.

Están delante de la puerta, Joaquín cree escuchar las voces de ellos. No sabe. Los años han sucedido y, quizá, también el olvido o la muerte. Palpa los ojos ensombrecidos, la cicatriz del vientre. Toca el timbre. Espera.